

guo carácter de Estado germánico cuanto para aumentar su rivalidad con Rusia, de que Alemania sacaba el provecho de neutralizar la acción de cada uno de los dos imperios con la del otro. Puso, por tanto, como condición de su asentimiento á los pactos celebrados entre Rusia é Inglaterra y entre esta última y el turco, que Austria-Hungría ocupara á Bosnia y á Herzegovina, que es el mejor camino de Salónica y el mar Egeo, conviniéndose así, á espaldas de Turquía, que se imaginaba no necesitar hacer ya más sacrificios. El imperio austro-húngaro, alegando su propia seguridad y los perjuicios sufridos, debía presentar al congreso la reclamación correspondiente, é Inglaterra apoyarla con la mayor solicitud y empeño.

Allanadas de antemano, mediante estas intrigas, casi todas las dificultades que podían entorpecer la obra del congreso, reuniéronse en Berlín los plenipotenciarios de las potencias, previa invitación oficial del príncipe de Bismarck, que fué proclamado presidente, por unanimidad, en la sesión preparatoria celebrada el treinta y uno de Junio. A pesar de los acuerdos existentes y de las componendas concertadas, los diplomáticos, hombres en su mayoría de relevante mérito, controvertieron con calor los puntos litigiosos. Los plenipotenciarios ingleses solicitaron que se admitiese en el congreso á los representantes de Grecia, para discutir la cuestión búlgara, que, por ser la más grave, debía tratarse la primera, según lo propuesto por el canciller de Alemania. Los griegos, cuya codicia se había despertado con los ejemplos que contemplaban, pedían el Epiro, la Tesalia y aun la Macedonia, que el tratado de San Estéfano englobaba en Bulgaria. Inglaterra parecía resuelta á abogar por ellos: no era esto en el fondo sino un ardid de guerra, como se comprobó más tarde. Lord Beaconsfield invocaba, con irónica afectación, las disposiciones benévolas y *desinteresadas* de Rusia en favor de todos los súbditos *cristianos* de la Puerta. Gortchakof hubiese querido oponerse sin reserva á la admisión de los representantes griegos; no se atrevió, sin embargo, y al fin, por mediación de los franceses, se adoptó un término medio, acordándose autorizar á los plenipotenciarios helenos para exponer sus observaciones y sus deseos en el congreso, cuando llegara el momento de decidir sobre la suerte no de todas las provincias de origen griego, sino de las lindantes con la Grecia actual, es decir, el Epiro y la Tesalia únicamente.

No menos de cuatro largas sesiones dedicó el congreso á ventilar la cuestión de Bulgaria, entablándose porfiados debates entre los representantes rusos, de una parte, y los ingleses y austro-húngaros, de la otra. El triunfo, en definitiva, quedó por los últimos. La población del nuevo principado se redujo de cuatro millones de habitantes á un millón quinientos mil, y su extensión, de ciento sesenta y tres mil kilómetros cuadrados á sesenta y cuatro mil, retrotrayéndose sus límites á los Balkanes, excepto al oeste, donde se le dejó un pequeño territorio, con Soffa, al sur de aquella cordillera. De este modo se sustrajo el mar Egeo á la dominación indirecta del imperio ruso, y se evitó el fracciona-

miento de Turquía. El plazo de la ocupación moscovita se fijó en nueve meses, en lugar de dos años. Sometióse la organización de Bulgaria á la vigilancia de una comisión europea, y no de un comisario ruso exclusivamente. Creóse otra nueva provincia al sur de los Balkanes, entre Macedonia y el sandyacato de Andrinópolis, denominándola Rumelia oriental: debía tener por capital á Filipópolis y gozar de amplia autonomía administrativa: las tropas del sultán no podrían residir en el interior del país, mas sí ocupar sus fronteras.

El veintiocho de Junio, tocó el turno á Bosnia y Herzegovina. El conde de Andrassy leyó una Memoria, sosteniendo que Austria, como nación fronteriza, era la más interesada en el asunto. El alzamiento de aquellas provincias había sido el prólogo de las últimas guerras. A pesar de haber acantonado Austria numerosas tropas en la frontera, la insurrección había cundido, siendo impotente el turco para sofocarla. En tres años, llevaba gastada el gobierno de Viena la suma de diez millones de florines en mantener los doscientos mil emigrados que se habían acogido á su territorio, huyendo de la ferocidad de los otomanos. El artículo catorce del tratado de paz preliminar proponía la autonomía; Austria consideraba imposible esta solución. La situación geográfica que en Bosnia y Herzegovina iba á producir el nuevo deslinde de fronteras de Servia y de Montenegro, era también objeto de las reflexiones de la Memoria de Andrassy, suponiendo que, por efecto de ella, la comunicación con el resto del Oriente resultaba en condiciones perjudiciales para los intereses mercantiles de Austria. Lord Salisbury presentó en seguida una moción donde exigía el cumplimiento de la antigua promesa, hecha por Rusia, de confiar á Austria-Hungría la ocupación y la administración de Bosnia y Herzegovina: Bismarck la aceptó en nombre del congreso: Gortchakof, que esperaba algo semejante, expresó su conformidad con aire mohino: los plenipotenciarios turcos se negaron á admitirla, poniendo el grito en el cielo, como suele decirse; pero Bismarck les recordó con dureza que el congreso no se había reunido en *interés particular* de la Puerta, sino en interés general de Europa. El sultán, á su juicio, haría mal en quejarse; pues recobraba la Macedonia y la Rumelia, perdidas por el tratado de San Estéfano. Los ministros de Abd-ul-Hamid se escudaron con su falta de poderes; mas se les hizo observar que, en caso preciso, se prescindiría de su consentimiento. En su vista, pidieron á su gobierno nuevas instrucciones y, recibidas, cedieron en su resistencia el cuatro de Julio, acordándose que Austria-Hungría ocupara y gobernase á Bosnia y Herzegovina por un período de tiempo indeterminado. La administración del distrito de Novibazar, situado entre Servia y Montenegro, continuó por de pronto en manos de Turquía, por no querer hacerse cargo de ella Austria, la cual, sin embargo, adquirió el derecho de tener vías militares y guarniciones en aquella parte del vilayeto bosniaco.

En lo tocante á Servia y Montenegro, el congreso reconoció la independencia de estos

Estados, bajo la condición de que se respetase la igualdad religiosa. Servia obtuvo un aumento territorial de once mil setenta y nueve kilómetros cuadrados, con unos quinientos seis mil habitantes; pero los territorios que se le cedieron no pertenecían á Bosnia, como se pactaba en el tratado de San Estéfano, sino á Bulgaria, cambio ventajoso para Austria y mortificante para Rusia. Las adquisiciones territoriales ofrecidas al Montenegro se redujeron á una tercera parte próximamente, si bien le adjudicaron cinco mil diez y nueve kilómetros cuadrados, en donde estaban Niksisch, Podogritza y el distrito y puerto de Antivari, siendo esto lo más importante, tratándose de un país montañoso y cerrado como el suyo. Su población se elevó en cincuenta mil almas. Duleigno se cedió á Turquía, y Spizza á Dalmacia. Al Montenegro se le reconoció el derecho de libre navegación por el Boyana, mas prohibiéndole tener marina militar y bandera de guerra. Se declararon cerradas las aguas del Montenegro, incluso el puerto de Antivari, á los buques de guerra de todas las naciones. Se confió á Austria la policía marítima y sanitaria de Antivari, á lo largo de la costa del Montenegro, que debía regirse por los reglamentos marítimos de Dalmacia; Austria, en cambio, se obligaba á conceder su protección á los buques mercantes montenegrinos. A Servia y á Montenegro se les cargó parte de la deuda pública de Turquía.

Admitidos, según lo acordado, los representantes de Grecia (Delyannis y Rangabé), á exponer en el congreso los deseos de su gobierno, enfrióse el celo de sus amigos al conocer sus inmoderadas pretensiones. Pedían nada menos que la Albania, el Epiro, Tesalia y Creta. Inglaterra, que ya no necesitaba utilizar el helenismo como arma contra Rusia, los apoyó flojamente: los diplomáticos rusos distaban mucho de querer prestarles su protección: sólo Francia, fiel á sus tradiciones, sostuvo su causa con empeño; no consiguió, empero, sino que el congreso se declarara conforme con que Grecia negociase directamente con Turquía la rectificación de sus fronteras, tomando por base la línea formada por el curso del Kalamas y el del Salamiria, y la promesa de intervenir las grandes potencias, en el concepto de mediadoras, si no llegaban á ponerse de acuerdo las partes interesadas. En lo tocante á Creta, se dispuso la aplicación del reglamento de mil ochocientos sesenta y ocho, y respecto á las demás provincias griegas dependientes de Turquía, que se reorganizasen siguiendo los consejos de la comisión europea instituida para la Rumelia oriental.

Rumania fué declarada independiente, con la misma cortapisa impuesta á Servia y el Montenegro, de mantener la libertad religiosa y aún cierta igualdad civil, sin distinción de cultos. El nuevo Estado no se resignaba á perder la parte de Besarabia adquirida en mil ochocientos cincuenta y seis, quejándose, con razón, de la manera como su aliado recompensaba su leal y activa participación en la guerra contra Turquía. Los representantes rumanos, Braciano y Cogelniceano, fueron oídos por el congreso, á pesar de la

ruda oposición de Rusia, contrarrestada vigorosamente por Inglaterra y Austria-Hungría. La asamblea mantuvo la retrocesión de la Besarabia, á pesar de las representaciones de Beaconsfield y Andrassy; en cambio, á título de consuelo y por iniciativa de Waddington, adjudicáronse á Rumania dos mil kilómetros cuadrados más en la Dobrudscha, á expensas de Bulgaria y, por tanto, con mucho disgusto de los rusos.

Rusuelta esta cuestión, el congreso pasó á tratar las concernientes á la navegación del Danubio y á la indemnización de guerra exigida por Rusia al gobierno otomano. Acerca de la primera, limitóse á consagrar el *statu quo*, salvo algunas ventajas que concedió á Austria-Hungría; respecto á la segunda, determinó que la cantidad debida por el concepto expresado no pudiera compensarse con cesiones territoriales, y que Rusia ocupara su lugar detrás de los acreedores de fecha anterior de la Puerta, con lo que se la condenaba á no cobrar nunca.

La pretensión de Rusia á ejercer el protectorado exclusivo de los cristianos de Turquía no progresó. Los representantes del sultán expresaron la firme voluntad de su gobierno, de aplicar con la mayor latitud en sus dominios el principio de libertad religiosa. El congreso levantó acta de estas palabras, declarando, en nombre de Europa, la necesidad de otorgar los mismos derechos políticos y civiles á los fieles de los distintos cultos, súbditos de la Puerta. Los eclesiásticos, peregrinos y monjes, fuese cualquiera su nacionalidad, se colocaban, así como sus institutos y establecimientos, bajo la protección de las grandes potencias. Se conservaron los privilegios que disfrutaban los conventos del monte Athos, y reserváronse á Francia sus derechos en los Santos Lugares, donde debía respetarse el *statu quo*.

El único asunto importante que quedaba por resolver, era el referente á los territorios conquistados en Asia por las armas moscovitas. El arreglo no fué difícil. Cumpliendo el compromiso contraído con Inglaterra, el gobierno del Czar manifestó, por boca de sus ministros, que renunciaba al valle de Alaschkert y á la ciudad de Bayazid, mediante la cesión de Kothur á Persia, agregando los diplomáticos rusos que la intención de su soberano era no fortificar á Batun y declararlo puerto franco. Además, se convino en que las reformas prometidas á Armenia se sometiesen á las potencias, y no á Rusia tan sólo. Otro acuerdo del congreso fué ratificar, pura y simplemente, las cláusulas de los tratados de mil ochocientos cincuenta y seis y mil ochocientos setenta y cuatro, relativas á la libertad de los estrechos de Constantinopla y los Dardanelos.

No habiendo ya motivo para que Inglaterra guardase secreto acerca del tratado que celebrara con Turquía el cuatro de Junio, dió á conocer su existencia y contenido, anunciando que iba á tomar posesión inmediatamente de la isla de Chipre. Esta revelación causó á la mayor parte de las potencias, especialmente á Rusia, el efecto de un verdadero golpe de teatro. Gortchakof debió sentir cruelmente esta última jugarreta, de que le

hacia víctima Beaconsfield, de acuerdo con Bismarck y Andrassy. Pocos días antes, se alababa de haber llevado laureles á Berlín para trocarlos en ramas de olivo; ahora, viendo defraudadas en no pequeña parte sus risueñas esperanzas, no pudo disimular su descontento. Quiso al menos que Europa saliese garante de las escasas ventajas obtenidas por Rusia, y pidió al congreso que declarara los principios y medios con que entendía asegurar la ejecución de sus altos acuerdos. Enablóse con este motivo una discusión muy empeñada, que no produjo ningún resultado práctico. Gortchakof experimentó una nueva decepción. Beaconsfield, que iba á regresar triunfalmente á Londres, lo dejaba burlado á la faz de Europa, y el príncipe de Bismarck le hacía expiar bien duramente sus vanidosas jactancias de mil ochocientos setenta y cinco.

El día trece de Julio, se celebró la sesión final del Congreso. El conde de Andrassy dió en nombre de todos las gracias al príncipe de Bismarck, por la energía y habilidad que había desplegado para conducir á feliz término la labor de la asamblea, y al emperador y su familia, por las atenciones tenidas con los diplomáticos. Firmáronse los siete ejemplares del tratado que contenía las decisiones de la asamblea, y acto seguido, el príncipe de Bismarck declaró cerrado el Congreso, pronunciando un discurso en que expresó su convencimiento de ser la asamblea acreedora á la gratitud de Europa. «Tengo la convicción, dijo, de que, con la ayuda de Dios, la inteligencia de Europa será duradera y que las cordiales relaciones personales que durante estos trabajos se han creado entre todos nosotros, fortalecerán y consolidarán las buenas relaciones entre los gobiernos».

Las resoluciones adoptadas en Berlín y la actitud de Alemania, al negarse á secundar las miras de Rusia, evitaron, sin duda, que estallase una conflagración europea; no obstante, el conflicto continuaba y aun sigue en pie, haciéndose entonces nuevos combustibles para lo futuro. Malet califica el acta final del congreso «de obra de rivalidades, de odios personales, miserable é inmoral, que, en vez de asegurar la paz, tiene pendiente sobre Europa la amenaza de la guerra». Todas las potencias interesadas quedaron disgustadas. Compréndese bien que la menos satisfecha fuese Turquía. Beaconsfield afirmaba poco después ante el Parlamento británico, con cómica gravedad, que se había consolidado el imperio otomano; mas lo cierto es que se le hizo víctima de un despojo de que no había ejemplo desde el reparto de Polonia y las desmembraciones de mil ochocientos quince. Antes de la guerra, Turquía avanzaba, sea directamente, sea por sus vasallos, hasta los Cárpatos, el Danubio y el Sava; ahora, se la obligaba á retroceder violentamente hacia el sur. Todos, amigos y enemigos, se habían apresurado á hacer leña del árbol caído. Esta conducta no podía sorprender á la Puerta por parte de Rusia, su detestada rival y temible enemiga desde hacía dos siglos. Empero, sobrabanle motivos para haber esperado más benevolencia de Inglaterra y Austria-Hungría, que alardeaban

de ser sus apoyos naturales y la habían alentado en su resistencia contra el coloso moscovita; y he aquí que encontrábase de pronto con que la primera clavaba su garra en Chipre, amenazaba destruir su autoridad en el Asia Menor, le tendía lazos en Egipto y, para colmo de males, dejaba á la segunda apoderarse de Bosnia y de Herzegovina. Austria la despojaba de la Iliria y fijaba sus codiciosas miradas en Salónica. Hasta Francia é Italia habían acariciado la idea de enriquecerse á expensas del turco, poniendo sus ojos, con la aprobación discreta de algunas potencias (sobre todo de Alemania), la primera en Egipto, la segunda en Albania, ambas en Túnez. Sólo el imperio germánico no había pedido nada, mostrando un desinterés absoluto. Así es que el honrado corredor hacía saber en Constantinopla su noble comportamiento, presentándose como el único amigo de la Puerta y pretendiendo ejercer en sus asuntos más influencia que hasta entonces. Sin embargo, á pesar de sus protestas, no ignoraba Turquía que la serie de intrigas y maquinaciones que habían tenido remate en el congreso de Berlín, eran principalmente obra del príncipe de Bismarck, no ocultándosele tampoco que éste permitiría sin el menor escrúpulo que consumaran su ruina, á trueque de conservar la amistad de Austria ó de recuperar la de Rusia.

Las nacionalidades cristianas de los Balkanes, en cuyo nombre había emprendido Alejandro II la última guerra, estaban casi tan descontentas como la Puerta. Los rumanos se quejaban de haber sido inicuamente despojados por su propia aliada. Servia y el Montenegro, que pensaban repartirse Bosnia y Herzegovina, llamábanse á engaño. A los griegos sólo se les había prometido la cuarta parte de los territorios que reclamaban. Bulgaria, en donde se había manifestado unánime el deseo de formar un gran Estado, resultaba dividida en dos trozos, que necesariamente tenderían á unirse, como antes Moldavia y Valaquia. Las provincias cristianas que continuaban sometidas al sultán, debían contentarse con vagos ofrecimientos de ver mejorar su condición. Por otra parte, habríase dicho que los autores del tratado se proponían lanzar la manzana de la discordia en medio de los distintos pueblos de que acaba de hablarse. De un lado, los búlgaros pedían los territorios cedidos á Rumanía y Servia; por otro, búlgaros, montenegrinos, servios y griegos habían de disputarse el vasto territorio que, á causa de estar mezclada de tan extraño modo su población, aún es objeto de las contrapuestas aspiraciones de aquéllos.

Y menos mal si, á pesar de todo, el congreso hubiese servido para que se anudasen entre las seis grandes potencias lazos duraderos de amistad, como Bismarck vaticinaba en su discurso de clausura; mas nada indicaba que hubiese de ser así. Rusia veía muy mal recompensados sus sacrificios y experimentaba una cólera sorda, pero violenta, precursora de tormentas y complicaciones. Su ojeriza era muy grande contra Inglaterra, de la que ansiaba vengarse, reorganizando sin demora sus fuerzas militares, prosiguiendo su carrera de conquistas á través del Asia central, afectando erigirse en defensora del